

Introducción

1. VITALISMO Y RAZÓN SIMBÓLICA

El propósito principal de este trabajo es construir una sistematización del pensamiento de G.W. Leibniz relativo al ámbito de la filosofía natural. Para ello, he llevado a cabo una reconstrucción de la ontología leibniziana desde su diálogo, complejo y no exento de problemas, con la tradición hermético-vitalista y la ciencia moderna impulsada por Descartes. A lo largo de su vida Leibniz fue encontrando diversos interlocutores que le permitieron minimizar las tensiones de este diálogo, uno de ellos, fundamental en su etapa de formación, fue R. Boyle. El corpuscularismo químico del inglés le suministra a Leibniz el engranaje teórico con el que resolver el dualismo cartesiano extensión-movimiento con vistas a dar salida al problema de la cohesión, la unidad y la diferenciación de los cuerpos a través de la inclusión de principios inmanentes (activos y formales) en la naturaleza. Desde su juventud a su madurez esta empresa fue adoptando distintos desarrollos teóricos, sin embargo, el vitalismo, y esta es una de las principales tesis que defiende en este libro, es ya una marca del pensamiento leibniziano desde sus primeros años.

En este proyecto Leibniz no sólo encontró la complicidad (más o menos forzada) de autores como Boyle, Hooke o Swammerdam, también fue de gran importancia el enfrentamiento con defensores de ambos extremos entre los que intentaba mediar el filósofo, (1) tanto los físicos mecanicistas, como lo fueron J. Bernoulli o B. de Volder, con los que discutió largamente la necesidad de introducir las formas sustanciales y las sustancias activas en la naturaleza, (2) como también el animismo de autores como G.E. Stahl o N. Hartsoecker, frente a quienes reivindicó la potencia heurística del mecanicismo.

El vitalismo leibniziano alcanzó su madurez en la concepción de la actividad de la mónada en términos de representación, pero cuidado, el perspectivismo leibniziano no se limita a, ni es esencialmente, la actividad de un sujeto (humano), sino que caracteriza la actividad de toda sustancia en tanto se encuentra en posesión de un cuerpo orgánico. La actividad de representación se funda en aquello que hace de un cuerpo un organismo, y esto es, en esencia, su capacidad de comprender en su mismo ser orgánico un medio entorno diferenciado. Esta comprensión del entorno como mundo de percepción admite grados, desde el carácter reactivo que caracteriza a las especies químicas hasta la aparición de la conciencia o la voluntad en los animales y la autoconciencia en el hombre. Pero si no podemos entender el vitalismo leibniziano sin el desarrollo de la actividad de la sustancia como representación, tampoco podemos entender este ser representativo de la sustancia sin remitirlo a la razón simbólica. El simbolismo leibniziano ha sido un tema que tradicionalmente los intérpretes han desarrollado en el ámbito de la lógica o, como mucho, de la epistemología. Sin embargo, en mi opinión, el funcionalismo leibniziano y su teoría de la expresión, claves para entender el perspectivismo de nuestro filósofo, no se llevan hasta sus últimas consecuencias si no hacemos operar a la razón simbólica en el plano ontológico, como carácter fundamental de la actividad representativa del ser orgánico de la sustancia. ¿Qué quiere decir esto? Que la actividad de representación a través de la cual el organismo, o la sustancia corporal, ajusta su ser orgánico, su potencia, a un medio entorno determinado (que comprende) se encuentra mediada por, y obtiene su condición de posibilidad en, un sistema de signos. Como defenderé en este trabajo, el mundo de percepción vinculado a todo organismo tiene por tanto un carácter semiológico, esto es, en el perspectivismo leibniziano sensibilidad y comportamiento se encuentran correlacionados a través de un sistema de signos operado por la memoria. En esto consiste, veremos, la teoría del hábito desarrollada por el Leibniz maduro como explicación de su idea de la armonía preestablecida.

2. EL PROBLEMA DE LA SISTEMATIZACIÓN DEL PENSAMIENTO LEIBNIZIANO

Pienso que toda lectura sistematizadora de la obra de Leibniz ha de atender mínimamente por honestidad al problema de su alcance y sus limitaciones. En el caso de nuestro filósofo esto es aún más importante, dado que el mismo Leibniz no pudo, o no quiso, ofrecernos su pensa-

miento bajo la forma de un sistema acabado, sino que nos dejó numerosos esbozos, nunca definitivos, que atravesaban transversalmente unos u otros ámbitos de su pensamiento, cuya convergencia es difícil, sino imposible, de resolver.

Existe con todo, y así lo han entendido algunos intérpretes, algunas invariantes en el pensamiento leibniziano. Éstas no se refieren a producto alguno de su pensamiento; no se trata de ninguna idea, noción o principio alrededor de cual el resto vendría a precipitarse alcanzando su lugar natural en la totalidad del sistema. Pues si, por casualidad, tomáramos otra idea, noción o principio e hiciéramos girar alrededor de ellos el sistema edificado, todas las piezas restantes saltarían por los aires como en un caleidoscopio, desvelando en su despliegue nuevos ordenamientos que antes nos permanecían ocultos; y es que si algo caracteriza al pensamiento de Leibniz es su gusto por transitar, con toda naturalidad, desde un ámbito del conocimiento a otro. Esas invariantes antes mencionadas obedecen precisamente a diversas estrategias a través de las cuales el pensamiento de Leibniz circula entre la diversidad de órdenes epistémicos y ontológicos. Tales estrategias han sido tematizadas por el mismo filósofo en una serie de proyectos que fue desarrollando en un momento u otro de su vida. De entre estos proyectos destacan el Cálculo diferencial, la Característica o la Dinámica.

Heinekamp y Schupp analizaron en un trabajo común los intentos por sistematizar el discurso leibniziano, clasificando los diferentes criterios utilizados por los intérpretes¹. Siguiendo la exposición que hacen ambos autores observamos que los diversos intentos de sistematizar la obra del filósofo han adoptado una estrategia que privilegia, dentro de su vasta y variada obra, un campo disciplinar sobre los otros (por lo general la lógica, pero también la epistemología, la dinámica o la matemática). Todo ello ha acabado por reducir la interdisciplinariedad del pensamiento leibniziano a una cada vez más especializada tarea hermenéutica de disección de los diferentes órdenes disciplinares donde quedan incomunicados los intérpretes y con ello ahogado en gran medida el campo fértil de la discusión. El asunto no deja, por otra parte, de chocar con numerosas manifestaciones de Leibniz, que defienden una concepción del saber transdisciplinar donde sus distintos órdenes se responden, se *expresan*, unos a otros, sin reduccionismos ni jerarquías, sin recurrir a analogías que violenten la diferencia de cada uno de ellos, tanto en sus

¹ Heinekamp & Schupp 1991.

objetos de estudio como en los sujetos que llevan a cabo la transmisión de los conocimientos.

La estrategia bajo la cual he pretendido enmarcar el desarrollo de este trabajo ha de permitirnos alejarnos del recurso reduccionista y jerarquizante que privilegia dentro de la vasta obra de Leibniz un campo disciplinar sobre los otros (ya sea el de la lógica, la epistemología, la matemática o la física) en atención, por el contrario, a una concepción del saber transdisciplinar en cuya base encontramos una propuesta metafísica extremadamente fiel a sus objetos de estudio (sean las figuras geométricas, los cuerpos físicos, el lenguaje, los organismos biológicos, los agentes sociales, la persona ética, los individuos históricos o Dios). Tal objeto de análisis, al que el filósofo se entrega con rigurosa fidelidad, no es ya aquél que encontramos en las disputas escolares, antes bien pienso que uno de los ingredientes originales que hacen de la filosofía de Leibniz una filosofía moderna es que parte de una caracterización de lo existente como aquello que es objeto de las nacientes ciencias naturales, muchas de las cuales contribuye a fundar. Esta es precisamente la opción de partida que he querido tomar en este libro, centrándome en los caracteres de la metafísica leibniziana que la definen en tanto su objeto es el ser del ente natural (desde las entidades materiales a los seres vivos). No por ello hay que dejar de notar, en obediencia a las precauciones antes mencionadas, que la metafísica leibniziana incorpora otras esferas de lo real, que podrían ser desplegadas con los desplazamientos teóricos adecuados.

Si ciertamente no hay, como dicen algunos intérpretes, un sistema leibniziano sino una pluralidad cuyo *compositum* estructural entreteje el cuadro donde ha quedado plasmado el pensamiento inquieto de Leibniz a diferentes niveles y ámbitos, o más bien, latitudes y longitudes del saber, la estrategia consiste antes que en discutir la reducción unívoca de todos ellos en capturar el *tipo* de pensamiento que le ha dado origen, pasando de la perspectiva estructural a la genética. No se trata de explicitar una serie de postulados o reglas de formación que sostienen un sistema completo y consistente, del que supuestamente resultaría el corpus del pensamiento leibniziano, antes bien, la tarea consiste en desvelar los dispositivos de tránsito entre sistemas heterogéneos (entre el cuerpo y el alma, entre la metafísica y la biología o entre el conocimiento y la vida). Lo interesante de esta lectura parece encontrarse, más que en ser el resultado de una arriesgada apuesta interpretativa (con ciertos aires postmodernos), en constatar si acaso no es el mismo Leibniz quien explícitamente teoriza sobre este movimiento de diferenciación

del saber, pues, no olvidemos, uno de los problemas fundamentales al que se enfrenta la exigencia de coherencia de la razón es comprender la existencia de una pluralidad de niveles de explicación de lo real no convergentes con una línea deductiva unívoca.

Creo que estas consideraciones no son gratuitas, sino que resultan fundamentales en atención al modelo de racionalidad subyacente al pensamiento leibniziano: no dogmático (escaparía a la polaridad que diferencia el discurso filosófico en dogmático y débil), perspectivista (la realidad no se deja encorsetar en un solo modelo), transdisciplinar (carácter multiposicional de sus modelos racionales), unificado (los principios de la razón son válidos para todas las disciplinas del saber) y en relación inmanente con el sujeto (juega en un escenario pre-subjetivo).

Con todo ello, ante el problema de la sistematización del pensamiento leibniziano se nos abrirían dos vías de análisis. Una, relativa a la metafísica capaz de soportar una concepción del mundo fragmentado en distintas parcelas de realidad, dotadas de un estatus bien delimitado, pero no por ello incomunicadas. Y otra, en íntima complicidad con la anterior, que consideraría la peculiar racionalidad capaz de habérselas con esa consideración transversal del saber. La recomposición de tales líneas de análisis nos pondría en situación de atrapar el pensamiento de Leibniz en su peculiar movimiento². El trabajo que presento en este libro se enmarcaría en la primera de estas dos vías de análisis del problema, y en concreto, como ya he adelantado, en la esfera de la realidad relativa a los entes naturales: el objetivo sería dar con algunos de los caracteres de la filosofía leibniziana a partir de los cuales se puede comprender la diferenciación de lo real y su aparecer fenoménico en el ámbito de la naturaleza, desde lo inorgánico al cuerpo vivo y desde la elasticidad a los procesos fisiológicos.

3. OBJETIVO Y ESTRUCTURA DEL LIBRO

Los objetivos que me he marcado en este trabajo son los siguientes: (1) reconstruir una interpretación sistematizadora de la filosofía natural de Leibniz tomando como eje la conexión de la dinámica con la metafísica; (2) delimitar las coordenadas conceptuales que habilitarían esta convergencia entre dinámica y metafísica y definir a partir de ellas, si

² Para un abordaje de este problema en su totalidad remito al lector a los trabajos de B. Orio de Miguel (Orio de Miguel 2011 y 2013) y J.A. Nicolás (Nicolás 2012).

fuera posible, un modelo teórico; (3) analizar cómo se fue desarrollando este modelo a lo largo de la vida del filósofo; (4) comprobar la potencia explicativa de este modelo teórico a la hora de dar cuenta de las diversas parcelas de lo existente, desde los entes materiales a los seres vivos, así como de las relaciones de dependencia y armonía entre tales parcelas.

Con atención a estos objetivos he dividido el libro en cuatro capítulos. A lo largo de ellos seguiré la evolución de la metafísica leibniziana en sus complicidades con la física, la epistemología y la biología desde la juventud del filósofo hasta sus últimas obras. Los dos primeros capítulos del libro están dedicados al pensamiento del joven Leibniz. El objetivo es dar con el modelo a partir del cual Leibniz proyecta su *Nueva Física*, en la que convergen ideas modernas y antiguas. La clave está en la noción de complejión que Leibniz desarrolla en su *Arte Combinatoria* a partir de la cual, y siguiendo en ello a Boyle, interpreta las formas aristotélicas. El análisis de las fuentes lo he dividido en dos momentos: uno primero que desemboca en la redacción de la *Hyphotesis Physica Nova*, donde destaca la influencia del experimentalismo inglés; y otro que nos lleva hasta el proyecto del *De Summa Rerum*, donde el joven Leibniz concibe finalmente la sustancia corporal como mente incorporada. La atención al periodo de formación del filósofo nos permite vislumbrar con mayor facilidad, en contraposición con el pensamiento de madurez, cómo Leibniz ha llevado a cabo esa transposición de los problemas heredados y a su vez un desplazamiento sobre un conjunto de nociones que van a desembocar en la creación de otras nuevas.

El tercer capítulo se centra en la concepción de la sustancia durante los años de madurez, antes de que el filósofo diera con su idea de mónada. Por una parte, la evolución de la lógica leibniziana a través de la teoría de la definición y el análisis de las nociones desemboca en la concepción de la sustancia como *noción completa*. Esta lógica, como mostraré, no se puede entender con independencia de un modelo de razón simbólica a partir del cual interpretar la actividad característica de la sustancia o sujeto como representación. Leibniz revisa el *cogito* cartesiano para ofrecer como fundamento de esta actividad representadora la autoconciencia o la reflexión sobre sí. Por otra parte, el desarrollo de la dinámica conduce a Leibniz a dar una segunda definición de la sustancia como *fuerza activa primitiva*. Aquí habrá que responder a dos preguntas: (a) sobre la complementariedad de ambas concepciones de la sustancia, y (b) sobre su continuidad con las tesis de juventud.

En el cuarto y último capítulo del libro analizo la evolución del vitalismo leibniziano ligada a la concepción de la mónada como sustancia

corporal. La clave es la definición que Leibniz nos da de la sustancia como la unión vital del cuerpo y el alma. ¿Cómo interpretar esta definición? ¿Encontramos en Leibniz herramientas teóricas para desarrollar en clave fisiológica la armonía preestablecida? ¿Nos permite todo ello desarrollar en perspectiva ecológica la idea de Armonía Universal?